

José Olavarría, C. Benavente y P. Mellado, "Los jóvenes de sectores populares. Nuevas preguntas de investigación",

en FLACSO-Chile (ed) *Chile 97'. Análisis y opiniones*, FLACSO. Santiago.

1998, 287-323 pp.

Los jóvenes de sectores populares: Nuevas preguntas de investigación¹

*José Olavarria
Cristina Benavente
Patricio Mellado*

Los jóvenes y, especialmente, los jóvenes de sectores populares han sido observados desde ópticas diversas y complementarias en la última década y media. Pero el sector que centra la atención de este trabajo, los hombres adultos jóvenes de sectores populares que conviven con su pareja y han formado un núcleo familiar, hasta la fecha no ha sido objeto de estudios específicos. Tampoco se ha investigado sobre las características de su constitución de parejas y la paternidad, ni como éstas intervienen en la construcción de su identidad masculina en un ámbito de marginalidad y exclusión.

Este sector social representa un porcentaje significativo de la población, no sólo por la cantidad de personas que incluye, sino también porque que su fecundidad es más alta que el promedio de la población y en ella se concentran diversos fenómenos sociales asociados a la marginalidad y exclusión, como el allegamiento, la precariedad de los espacios comunes, la alta tasa de desocupa-

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto "Construcción social de la masculinidad en varones adultos jóvenes de sectores populares" financiado por Fondo de Investigaciones para Estudios de Género de CONICYT y actualmente en prensa.

ción, niveles menores de escolaridad, y una presencia importante de embarazo y fecundidad adolescente, aborto, alcoholismo y drogadicción, violencia y delincuencia juvenil. En este sector se percibe, asimismo, un fuerte distanciamiento de lo público, la desconfianza hacia las principales instituciones y autoridades del país y pasividad frente a su ciudadanía.

Para la elaboración de este texto se consideró la documentación disponible a partir de mediados de la década de los 80, momento en que se inicia una serie de investigaciones y ensayos en torno a este sector de la población.

Los estudios analizados difieren en cuanto a lo que denominan juventud. Algunos identifican a la juventud refiriéndose a etapas del ciclo de vida, desde la adolescencia hasta el momento en que el/la joven logra una relativa autonomía del núcleo familiar de origen, tiene un trabajo remunerado y generalmente ha formado su propia familia. Otros estudios, en cambio, identifican a la juventud desde una perspectiva demográfica, personas que están dentro de cierto límite de edades; límite que varía de acuerdo a la fuente que lo define.

Las Naciones Unidas y sus organismos especializados consideran como juventud el tramo de 15 a 24 años de edad; el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), para la aplicación de sus políticas, considera a personas cuyas edades fluctúan entre los 15 y 29 años, y distingue adolescentes (de 15 a 19 años), jóvenes (de 20 a 24 años) y adultos jóvenes (de 25 a 29 años). En esta definición se amplía la población joven reconocida por la ONU, incorporando el segmento de adultos jóvenes.

En cierta medida, la variación del límite máximo de edad de los jóvenes, de 25 a 29 años, podría ser entendida como una constatación del retraso en la asunción de los roles adultos por los jóvenes. Debido -en parte- a la imposibilidad económica que tienen los jóvenes para independizarse y/o constituir una familia autónoma a la de origen, lo que genera una ampliación de esta etapa de vida.

I. Miradas a los jóvenes en los últimos 15 años

La política económica del gobierno militar exacerbó las diferencias sociales, económicas y culturales de la sociedad

chilena y se tradujo en la exclusión de sectores sociales -en particular de los jóvenes en situación de pobreza y extrema pobreza- de un conjunto de recursos como la seguridad social, educación, salud, vivienda y la disponibilidad de puestos de trabajo estables, entre otros.

Pese a que los gobiernos democráticos de los últimos años han disminuido de manera significativa los niveles de pobreza e indigencia en la población en su conjunto, los jóvenes presentan importantes diferencias con relación a la población total, especialmente en el empleo, salud y vivienda. Es así, que la tasa promedio de desempleo bajó entre los años 1990 y 1996, (en los jóvenes de un 13,1% al 10%), pero pese a ello el desempleo de los jóvenes duplicaba el promedio nacional y casi quintuplicaba el desempleo de las personas mayores de 35 años. Hay que agregar que en el caso de los jóvenes de extrema pobreza la tasa de desocupación era cuatro veces mayor que el promedio nacional, siendo la de los hombres de un 17,7% y la de las mujeres de un 37,2% (MIDEPLAN, CASEN, 1996).

Paralelamente, en estos años hubo un incremento importante de la presencia de mujeres en el mercado de trabajo, especialmente en los sectores más pobres, pese a que la cesantía es aún mayor en las mujeres jóvenes que entre los varones. Asimismo se observa un crecimiento de la actividad de las mujeres en el ámbito público.

Se han unido y reforzado así dos grandes procesos que afectan fuertemente a los jóvenes varones en situación de pobreza y marginalidad: la exclusión y empobrecimiento que les impone el modelo económico-social vigente y la creciente autonomía de las mujeres, a partir de una lucha que lleva años. Esta situación ha puesto en jaque algunos pilares sobre los cuales la masculinidad ha construido su identidad y ejercido poder, entre ellos la capacidad de los hombres de ser los proveedores del hogar.

En los años 80 hubo serios intentos por caracterizar la situación de la juventud, y en particular de la juventud de sectores populares.² Conceptos como anomia, integración, exclusión,

2 Agurto, Canales y de la Maza, 1985; Campero, 1987; CIDE, CIEPLAN, INCH, PSI, PIRQUE, SUR, 1990; Insunza, Solari y Valenzuela, 1981; Martínez, Valenzuela, 1986; Peretiatkowicz, 1985; Valenzuela, 1984; Valenzuela, 1986; Vives, 1983; Weinstein, 1985 a, 1985 b, 1985 c, 1985 d.

participación, marginalidad, pobreza estaban presentes en ellos. En estos estudios se buscó caracterizar a la juventud chilena de la época de la dictadura militar y los efectos que sobre ella había tenido el gobierno militar; preocupaba en particular el deterioro creciente que era observado en distintos ámbitos, como su incorporación al mundo del trabajo; nivel de escolaridad; la situación de acceso a la vivienda, especialmente en las parejas que se iniciaban; la precariedad de los barrios y los recursos disponibles para los jóvenes; el aumento del alcoholismo, la drogadicción y la delincuencia.

La apreciación que se tuvo de la juventud, y especialmente de la juventud de los sectores populares, a mediados de los ochenta, está muy bien sintetizada en uno de los estudios de la época. (Martínez y Valenzuela, 1986) En él se señalaba que la evolución social chilena desde mediados de los 70 a los 80 mostraba la aparición de un nuevo fenómeno, la exclusión social, que afectaba la estructura social misma, y con ello, al conjunto de los actores sociales. Los jóvenes serían probablemente los actores sociales excluidos de modo más profundo y vasto.

La exclusión fue entendida como el proceso por el cual diversos actores sociales, -que en el pasado inmediato ocupaban posiciones institucionales estable del sistema social, o podían tener sólidas expectativas de incorporarse a él-, eran expulsados de estas posiciones o veían persistentemente bloqueadas sus vías de acceso a ellas. Se afirmaba que la exclusión afectó en esos años a la juventud chilena casi en la misma proporción en que ella accedió a las posiciones centrales del sistema en los decenios anteriores. Esta exclusión fue particularmente significativa en la educación, la ocupacional y vivienda. El desempleo y subempleo generalizado que afectaba a los jóvenes, así como las dificultades para constituir hogares propios, eran procesos que detenían el ingreso de los jóvenes al mundo adulto.

La expansión escolar, la imposibilidad de obtener independencia económica y habitacional, su origen urbano, el número y concentración de jóvenes que compartía una misma situación, eran todos procesos que hacían de los jóvenes excluidos un grupo social distinto dentro del mundo de la marginalidad urbana.

1985 e; Weinstein, Aguirre y Téllez, 1990.

En estas condiciones de exclusión y desintegración, la juventud popular urbana aparecía como un actor caracterizado por conductas desorganizadas, con una densidad cultural, aparentemente escasa, que se asoció a la anomia. Todos los procesos que concurrían en la constitución de los grupos marginales llevaban en esta dirección: desintegración e inestabilidad laboral, descomposición y ruptura de la cohesión familiar, exclusión política y desorganización social. Todos los procesos de exclusión respecto de la sociedad organizada (el mundo de las instituciones sociales) eran al mismo tiempo procesos de desintegración de la vida y de la solidaridad colectivas. (Martínez y Valenzuela, op. cit.)

Otros estudios profundizaron la participación de los jóvenes en las protestas, las organizaciones poblacionales y la acción organizada como un intento activo y participante de la integración a la sociedad mediante la acción política. (Campero, 1987)

Los estudios de fines de los 80 y comienzo de los 90, continuando la línea anterior, se orientaron a establecer diagnósticos de la juventud y proponer líneas de acción; especialmente para definir políticas y agenda pública, a partir de los análisis de los años 80.³ A los conceptos anteriores se agregaron con fuerza otros, como actor social, identidad juvenil, derechos ciudadanos, sexualidad, prevención, capacitación. Los estudios estaban dirigidos especialmente a analizar experiencias en distintas localidades, en particular de Santiago; a estructurar catastros con iniciativas juveniles que permitiesen conocer más directamente de los distintos intereses y grupos; preguntar la opinión a los jóvenes y conocer sus prácticas -reconocidas públicamente- en cuestiones relativas a la familia, los amigos y el tiempo libre: la salud, salud reproductiva y sexualidad; las organizaciones juveniles y su grado de participación; lo público, la política y los actores públicos.

A partir de los trabajos analizados se podría interpretar que, para algunos estudios, la clave del análisis de la juventud se situó en el continuo integración B exclusión (González, 1995): de allí

3 Bartsch, Tudela, 1995; CERC, 1992; CERC ICHEH, 1992; Corporación Libertas, 1990; Cortés, 1994; Cortés y Siessus, 1992; Cottet y Galván, 1993; Covarrubias, Muñoz, Poblete y Reyes, 1990; FLACSO-Chile, 1992; FOLICO, 1990; Fundación Nueva América, 1995; Instituto Nacional de la Juventud, 1994 a; 1994b; Martínez y Rodríguez, 1993; Opazo, 1991; Oyarzún, Quintana y Silva, 1993; Parker y Salvat, 1992; PARTICIPA, 1991.

que la falta de protagonismo de la sociedad civil se expresara con todo su dramatismo en el sector juvenil, donde se vivía en toda su magnitud los atributos de la exclusión. Exclusión originada por la inserción débil en la productividad y en el consumo. Es así, que los jóvenes se veían orientados a procesos de integración social; la idea era estar dentro de la cancha y no fuera. Para superar la situación de exclusión se concibieron estrategias y proyectos, en que los componentes individuales tenían un gran peso específico. Aspectos centrales en la estrategia de movilidad e integración social de los jóvenes de sectores populares fueron la educación formal, el acceso a puestos de trabajo y la capacitación ocupacional, en especial la orientada a la migración a sectores productivos con mayores posibilidades de éxito salarial.

Se investigó la relación de los jóvenes con la organización social. Se estudió a jóvenes organizados y no organizados (Conchalí, La Florida, La Granja), su preocupación estuvo centrada en la situación de exclusión B protagonismo, sus problemas de afectividad y sexualidad, el empleo y trabajo juvenil, y la experiencia y juicio sobre la juventud misma. (Opazo, 1991).

En los años recientes surgen algunas críticas a los análisis de los 80 e inicio de los 90' (CIDPA, 1995) y los énfasis están puestos en conceptos como diversidad, igualdad de oportunidades, ciudadanía, identidad. Incorporación de miradas desde la subjetividad de los jóvenes, sus prácticas, así como una perspectiva de género.⁴

Se inicia un cuestionamiento a las miradas predominantes de los años 80 y comienzo de los 90 sobre la juventud de sectores populares, en especial su óptica generacional, donde son relevantes conceptos como carenciados y dañados. Según estos nuevos estudios las propuestas anteriores estaban orientadas a brindar alternativas y oportunidades de integración social para los jóvenes y por ello conceptos como desarrollo y promoción juvenil sintetizarían esa lógica. Desde el punto de vista de estas nuevas miradas, los conceptos anteriores son, a lo menos, equívocos y necesarios de precisar. (Dávila, 1995).

4 Fuentes, Weinstein y otros, 1996; SUR, 1994; Dávila, 1995; González, 1995; Sharim, Silva y Rivera, 1996.

Según la nueva mirada, los aspectos que sería necesario tener en cuenta son la ausencia de identidades comunitarias amplias que convoquen la fuerza, talento e idealismo de la juventud y la presencia de energía identitaria dentro de las micro asociaciones juveniles. (Tijoux, 1995). Asimismo, se plantea revisar algunos aspectos que están tras el concepto de juventud como situación biográfica, con un énfasis en la dimensión subjetiva y una perspectiva de acción y/o proyectos colectivos. (Dávila, op cit).

En los últimos años se confeccionaron también catastros de iniciativas juveniles, originadas en los propios jóvenes, en comunas de la Región Metropolitana; es el caso de El Bosque, La Granja y San Ramón. (Fuentes, Weinstein y otros, op. cit).

II. Los jóvenes de sectores populares

Los estudios hechos en estos últimos quince años, permiten hacer una caracterización de la juventud⁵ y de la juventud de sectores populares. No todos están referidos específicamente a los jóvenes populares, ni por supuesto a los varones, pero es posible tener un panorama aceptable de las cuestiones que son de nuestro interés.

A partir de los años 90', con la recuperación de la democracia, fue posible ampliar el universo de jóvenes a estudiar y preguntar abiertamente de temas que antes sólo era posible hacer con personas individuales o pequeños grupos. Pese a que son pocas las investigaciones en este campo, especial importancia tiene la Primera Encuesta Nacional de la Juventud (ENJ) hecha por el Instituto Nacional de la Juventud el año 1993.

La Encuesta Nacional de Juventud del año 1993, aplicada a una muestra probabilística nacional urbano - rural, consulta a los jóvenes sobre diversos aspectos de su vida y posibilita tener información extrapolable a un universo mayor.

5 Cuando se hable de los/as jóvenes se entenderá que se refiere al conjunto de varones y mujeres, cualquiera sea su condición socio-económica. Cuando se señale varones/hombres y/o mujeres/las jóvenes la información está referida específicamente a ellos/as.

1. Situación demográfica de la población juvenil

La población juvenil está disminuyendo en Chile. Nuestro país está en un proceso de transición demográfica, que durante las décadas de los 50 a 60 se manifestó en una expansión del segmento infanto-juvenil. A partir de 1970 ha habido una disminución porcentual de la población infantil y juvenil, que en 1982 representaba el 30% de la población y en 1992 el 27,2%. (Valdés y Díaz, 1993). Mientras ésta decrece, los mayores de 29 años incrementan su volumen y peso relativo en la población total, constatándose una tendencia al envejecimiento de la población (Reinoso, 1994). Esta tendencia demográfica será sostenida a lo menos hasta el año 2.005, según las proyecciones de INE-CELADE (INE-CELADE, 1995).

De acuerdo a la definición etárea de la población juvenil, en 1997 la población estimada entre 15 y 29 años era de 3.676.917 jóvenes, de ellos 1.858.535 eran varones (50,5% del total), (INE, 1997).

Los/as jóvenes del mismo tramo de edad han disminuido en una mayor proporción en las regiones I, V, XII y Región Metropolitana, según la comparación intercensal a nivel regional (1982 a 1992) (Reinoso, op. cit.).

Asimismo, la distribución de los jóvenes por zona geográfica se comporta de manera diferente a la población total. El 83,8% del grupo de edad de 15 a 29 años vive en el área urbana y el 16,2% en el sector rural. En cambio la población total del país se distribuye porcentualmente en un 80,1% en el área urbana y en 19,8% en el sector rural (Valdés y Díaz, op. cit.). Al incorporar la variable sexo en el análisis por zona geográfica, se aprecia una mayor proporción de hombres jóvenes en el sector rural, de manera tal que en los centros urbanos hay un porcentaje superior de mujeres (Reinoso, op. cit.).

2. Pobreza

Según la Encuesta CASEN los jóvenes de 15 a 29 años de edad experimentaron una disminución en sus niveles de pobreza e indigencia entre los años 1990 y 1994, al igual que el conjunto de la población. Los jóvenes pobres (no indigentes e indigentes)

disminuyeron de un 37,8% en 1992 a un 22% en 1996. La proporción de los que vivía en situación de indigencia bajó del 7,7% al 5,4%. Cabe destacar que la pobreza es mayor entre los jóvenes de 15 a 19 años. Si se compara con las tasas de pobreza de los otros tramos de edad juvenil (MIDEPLAN/UNICEF, 1996).

No obstante esta disminución en el nivel nacional es necesario resaltar la existencia de importantes diferencias, en términos de magnitud e incidencia de la pobreza, entre los jóvenes de las distintas regiones del país. En la región Metropolitana se registra el nivel más bajo de indigencia después de la XII Región; sin embargo, por su peso poblacional aglutina al más alto número de jóvenes indigentes del país (más de 77 mil en 1992 y cerca de 64 mil en 1994) (MIDEPLAN/UNICEF, op. cit.).

Esta pobreza es más aguda en las áreas rurales y particularmente entre los grupos indígenas, donde tiende a acrecentarse (Valdés y Díaz, op. cit.).

3. Trabajo

Según la Encuesta Nacional de la Juventud, del INJ, para la mayoría de los jóvenes la familia es el ámbito más importante de sus vidas, y en segundo término señalan el mundo del trabajo, con mayor peso relativo en los hombres y en los adultos jóvenes. Es decir, se incrementa la importancia del trabajo con la paulatina asunción de los roles laborales y familiares, y culturalmente tiene una mayor significación entre los varones (INJ, 1994).

En los últimos años se comprueba, en la situación de ocupación, un aumento de la participación de los jóvenes en la fuerza laboral y una disminución en la tasa de desocupación (Valdés y Díaz, op. cit.). Pero la tasa de desocupación de los jóvenes supera ampliamente el promedio del total de la población. Mientras entre 1992 y 1994 se registró un crecimiento de la desocupación juvenil del 9,9% al 12%, la desocupación total fue de 5,6% y 6,8% respectivamente. El desempleo, tanto para hombres como para mujeres, es mayor entre los jóvenes de 15 a 19 años, observándose además que la desocupación femenina supera a la masculina. En efecto, en 1994 la tasa de desocupación entre las mujeres de 15 a 29 años fue del 15,9%, mientras que entre los varones del mismo grupo de edad, se registró una tasa de 9,9% (MIDE-

PLAN/UNICEF, op. cit.). Esta tendencia se mantiene hasta 1997 como lo informa mensualmente el INE.

El análisis por nivel de pobreza destaca otras características y diferencias entre los jóvenes pobres y no pobres. Para los jóvenes no pobres la desocupación alcanzó al 8,6%, mientras que para los indigentes, este indicador se quintuplicó, llegando al 40,3%. Al considerar las tres variables juntas, es decir edad, sexo y nivel de ingreso la desocupación aún es mayor, especialmente la desocupación entre las mujeres indigentes de 15 a 19 años de edad que se eleva a cerca del 70% (MIDEPLAN/UNICEF, op. cit.).

Entre los jóvenes inactivos merece especial atención lo que se denomina "jóvenes no incorporados" (CASEN 90 y 92), es decir aquella proporción de la población juvenil que en su calidad de inactiva, no estudiaba ni realizaba quehaceres del hogar o se incluía en otra categoría de inactivos. Este grupo que en 1990 llegaba a 129 mil, puede considerarse como uno de los grupos más vulnerables en las condiciones de pobreza. En 1992 sólo había bajado a 123 mil, que sumados a los 135 mil jóvenes desempleados, ascendían a 258 mil jóvenes que permanecían excluidos económica y socialmente (MIDEPLAN/UNICEF, op. cit.).

El conjunto de dificultades que enfrentan los jóvenes para incorporarse al mundo laboral y permanecer en él provoca situaciones conflictivas, tanto en él o ella como al interior de la familia, que tienen que ver con la autonomía relativa de los jóvenes y la capacidad de asumir responsabilidades. Al no obtener un empleo que les permita manejar un presupuesto propio y/o independiente de su familia de origen, en términos de estabilidad e ingresos, se ven enfrentados muchas veces a situaciones autoritarias y de descalificación por parte de los adultos, especialmente cuando han formado un núcleo familiar propio y deben vivir como allegados con sus familias de origen; donde esta situación se suman a los problemas de relaciones personales, muchas veces de hacinamiento y falta de intimidad. En muchos casos se trata trabajos precarios en actividades que requieren mucho esfuerzo y con ingresos insuficientes para satisfacer sus necesidades mínimas. La precariedad de la condición juvenil se ve agudizada dramáticamente entre los jóvenes que provienen de hogares pobres. En este contexto aparece la llamada "desesperanza aprendida" en cuya percepción ninguna acción individual

puede modificar la situación de pobreza y desamparo (Valdés y Díaz, op. cit.).

Es por lo anterior, sin lugar a dudas, que casi el 60% de los jóvenes señaló en 1993 en la ENJ que no hay suficientes oportunidades de trabajo para ellos, proporción que se incrementó en las mujeres; el 70% opinó que son discriminados laboralmente (opinión en que en el sector alto tiene un peso menor), y que casi el 90% (88,4%) consideró que en los empleos se les pagaba poco (INJ, op. cit.).

4. Educación

Los jóvenes mencionaron, en la ENJ, que el factor más importante para surgir en la vida es la educación. Para los jóvenes tener educación aparece como el elemento más valorado prácticamente en todos los estratos y sin distinción entre hombres y mujeres (INJ, op. cit.). Aunque no sólo los jóvenes hacen esta aseveración.

Pero al igual que otros recursos, la educación se distribuye de manera desigual entre los jóvenes, según sea su sector social. La Encuesta CASEN 1994 señalaba que los jóvenes de 15 a 29 años tenían un promedio de escolaridad de 10,6 años aprobados. Al distinguir entre jóvenes no pobres y pobres se observan diferencias importantes según el nivel de pobreza; los no pobres presentan una escolaridad de 11,1 años y los jóvenes indigentes sólo una de 8,7 años. Las mayores diferencias se constatan entre los jóvenes de 25 a 29 años. Mientras los indigentes logran aprobar algo más que el nivel básico obligatorio (8,2 años), los no pobres casi completan la enseñanza media (11,5 años); prácticamente un nivel de diferencia en educación. Los jóvenes indigentes logran aprobar la enseñanza básica y los no pobres la media. También es posible observar diferencias significativas entre distintas regiones del país (MIDEPLAN/UNICEF, op. cit.)

5. Vivienda, allegamiento y hábitat

Los resultados de la Encuesta CASEN 1990 señalaban que uno de cada ocho jóvenes (13%) habitaba una vivienda considera-

da "deficitarias", mientras que un 10,6% residía en viviendas definidas como "aceptables pero con mejoras" (Reinoso, 1994).

Al analizar el fenómeno del allegamiento, la misma Encuesta CASEN indicaba que el 34,5% de los hogares allegados lo dirigía un joven cuya edad era igual o menor a 29 años. En el caso de los núcleos allegados la proporción era aún mayor, alcanzando al 58,8% los dirigidos por un joven menor de 30 años. Es así, que las parejas jóvenes, son en términos absolutos y relativos, lo más afectados con el allegamiento habitacional (Reinoso, op. cit.).

Al introducir la variable género al allegamiento se constata que la jefatura de hombres jóvenes (menores de 30 años), en el caso de los hogares allegados, más que duplicaba a aquellos de la misma categoría dirigidos por una mujer (37,9% contra 17,3%). Distinto era el caso de los núcleos allegados, en ellos las mujeres menores de 30 años constituían el 59,3% (Reinoso, op. cit.).

Los estudios que reflexionan en torno a los temas del hábitat y vivienda, en sectores populares y sus jóvenes, subrayan que éstos impactan profundamente su calidad de vida y posibilidades de desarrollo social.

La situación de allegamiento afecta especialmente a sectores juveniles de sectores populares, según las cifras recién mencionadas, y repercute directamente en la nueva pareja, particularmente su independencia y autonomía del núcleo de origen.

Asimismo, la falta de espacios y equipamiento comunitario tiene un fuerte impacto en los jóvenes de sectores populares, ya que por la etapa de vida en que están requieren de ámbitos para el encuentro con sus pares. Es importante destacar que, en la construcción de identidad de los jóvenes, la pertenencia a territorios específicos juega un papel destacado; la población, el barrio, la esquina, la plaza, constituyen señas de identidad que destacan y revelan origen (y tal vez destino) (González, 1995).

En las poblaciones populares son muy limitados aún los espacios recreativos y comunitarios para los jóvenes, sólo están las canchas de fútbol y/o multicanchas deportivas y algunas plazas a los que acceden los varones antes que las jóvenes, que tienden a quedar recluidas en sus casas (Valdés y Díaz, op. cit.).

La necesidad de contar con un ámbito adecuado en el barrio es algo sentido por los jóvenes de sectores populares. Pese a que aquellas situaciones comprendidas como los "problemas en el barrio" tuvieron una mención promedio del 13,6% en la Encuesta

Nacional de la Juventud de 1993, estos valores presentan una dramática diferencia si se analiza las respuestas por sector social, desde un 3,8% en los estratos altos, pasando por un 10,5% en los medios hasta un preocupante 19,2% en los sectores bajos.

Profundizando este tema, al consultar sobre los principales lugares de encuentro para compartir el tiempo libre con los amigos, los jóvenes mencionaron la propia casa o la de los amigos (46%) y los lugares públicos como calles, plazas y parques (20,7%). Las casas, como lugar de encuentro, (propias o de los amigos) tienden a incrementarse en los grupos de edad mayores, en las mujeres y en los jóvenes urbanos; mientras que los lugares públicos se constituyen en espacios de primera importancia para los adolescentes (28,1%), los jóvenes urbanos populares (26,55) que cuadruplican a los del grupo de nivel alto, y los jóvenes rurales (37,5%), (INJ, 1994 b).

La precariedad de los espacios juveniles induce a que, en múltiples casos, los únicos territorios disponibles sean la calle, la esquina y la noche; estos espacios pasan a ser un dominio del grupo que los ocupa. Muchas veces estos territorios son percibidos como espacios inseguros para los otros miembros de la misma población, los adultos y los extraños, y en ocasiones efectivamente lo son. Esta situación afecta la vida de la comunidad local e incide en la percepción que los sectores populares tienen de sus barrios, el entorno inmediato en que llevan adelante su vida cotidiana, al expresar que no les ofrece mayor seguridad; el 71% de los pobres, contra 54% de los sectores medios considera que sus barrios son ambientes inseguros. En este sentido los pobres tienen la percepción de vivir en un ambiente más inseguro que los sectores medios y deben invertir mucho esfuerzo para arreglarse en un medio que sienten hostil. Esto puede interpretarse como una erosión del sentido de comunidad, pero que a la vez fortalece los espacios familiares y el peso que adquiere la familia entre los pobres en general (CNSP, 1996).

6. La familia

a. Miradas en los 80'

Entre los pocos estudios existentes sobre estructura familiar, roles y crianza de los hijos en sectores populares, destacan dos que se hicieron en los inicios de los 80 (Weinstein, 1985; Agurto y de la Maza, 1985). Estas investigaciones dejaron de manifiesto la importancia de la familia en la identidad y socialización de los jóvenes y señalaban que las pautas que determinarían la dinámica interna de la familia en este sector giraban en torno a las relaciones autoritarias entre padres e hijos, que en gran medida reflejarían el autoritarismo imperante en el país.

Uno de ellos (Weinstein, op. cit.), identifica al tradicionalismo y el autoritarismo. Tradicionalismo y autoritarismo se conjugan como pautas culturales no contradictorias que subyacen en el sistema de roles y en la forma de crianza de los hijos que presenta la familia urbana-popular. Al momento del estudio, la crisis de los años 80 comenzaba a afectar seriamente la mantención de dichas pautas y si, según el autor, esta situación se mantenía por un período prolongado podría hacer inoperante este sistema de roles en la familia y llevarlo a su modificación, aunque ello parecía lento y dificultoso.

El otro estudio (Agurto y de la Maza, op. cit.), señalaba que, en la búsqueda de identidad de la juventud de sectores populares, la familia tiene un papel importante como agente de socialización. En este sentido la crisis de la familia popular, su crisis económica y las pautas de relación autoritaria entre padres e hijos crean serios problemas en la constitución de identidad de los jóvenes, que se expresan tanto en el tratamiento ambivalente de los padres hacia el joven, -a veces como niño a veces como adulto-, en las presiones para que el joven trabaje, en la presencia de modelos dominantes de identidad social que enfatizan tanto la relación individualista-autoritaria, como aquella que los autores denominan identidad juvenil mercantil.

Según el primero de estos estudios (Weinstein, op. cit.), en las relaciones de afecto y comunicación entre padres e hijos, los hijos suelen desear un apoyo emocional/afectivo que no encuentran en sus padres, al menos en la medida que ellos lo demandan. Las dificultades de comunicación se aprecian en que los jóvenes no

encuentran posibilidades ni confianza para compartir con sus padres sus inquietudes y/o experiencias más íntimas, sobre todo las referidas a la maduración biológica y a la sexualidad.

Asimismo, los padres tienden a hacer claras diferencias de su afecto hacia uno u otro hijo, lo que genera postergación e inseguridad afectiva de los hijos "no elegidos" y lleva a conflictos entre hermanos.

Las exigencias y expectativas de los padres respecto de sus hijos están enmarcadas en la continuidad, en los hijos, de los roles genéricos establecidos entre los padres. De este modo las hijas suelen ser encargadas, solas o con mujeres adultas, de las actividades domésticas diarias. Los hijos varones no suelen desarrollar mayores actividades domésticas. Sólo son requeridos para labores ocasionales. En cuanto a la exigencia de los padres de apoyo material (ingreso) de los hijos, ésta tiende a efectuarse prioritariamente a los hijos varones, aunque no parece darse en términos absolutos. Los requerimientos que la familia popular hace al joven son de contribución. Los padres valoran que los hijos accedan a trabajos estables y remunerados.

No obstante, los padres no tienen una exigencia de proyecto de vida para los hijos. Desean que sus hijos los superen social, económica y culturalmente, y que salgan de la pobreza. Sin embargo esto se lo plantean como una aspiración, más que como una exigencia propiamente tal.

El joven, en tanto, enfrentado a la crianza de su propio hijo, desea criarlo en contraposición a la infancia que él tuvo.

b. Los 90'

La conclusión más importante que se extrae de la ENJ relativa a la familia es que los jóvenes consideran que la vida familiar es el área más importante de sus vidas, cualquiera sea su sector socio económico. Cuando se habla de familia se refiere no sólo a la nuclear, con presencia de padre y madre, sino también a la monoparental, al grupo de personas que convive en un hogar y tiene lazos de convivencia, consanguíneos y/o de adopción y/o allegamiento.

La familia, además de ser un lugar significativo para los jóvenes y en este caso los jóvenes de sectores populares, es un

espacio grato. Los resultados obtenidos en un estudio reciente hecho a jefes/as de hogar muestran que la gran mayoría (94,7%) de las personas de sectores populares perciben que la relación que tienen los miembros en su hogar es buena, muy buena o excelente. (CNSP, op. cit.).

La significación e influencia del núcleo familiar se constata también en las respuestas a encuestas de opinión pública (Salas, 1994). Es así, que el 84% de los jóvenes reconocían compartir las normas morales de sus padres, y cuando les preguntaban acerca de temas puntuales como su valoración de la propia familia, de la religión o ciertos principios éticos, la tendencia era la misma. La acción socializadora de la familia sigue constituyendo un elemento determinante en el comportamiento futuro de los jóvenes.

La evaluación que los jóvenes hacen de la relación con sus padres adquiere importancia. A lo menos el 50% de los jóvenes mencionó sentirse muy satisfecho o satisfecho de la relación con ellos. Los grados de satisfacción con el padre y la madre son altos, no obstante, se aprecia que los jóvenes tienden a manifestar una mayor satisfacción con la madre, en todos los ámbitos que se indagó, incluidos comprensión, comunicación y apoyo. La valoración de la madre respecto del padre es mucho más positiva en diversos aspectos, en comunicación y diálogo el porcentaje fue más de 20 puntos superior (84,5% y 61% para la madre y el padre respectivamente), en demostración de afecto físico y verbal (85,6% y 62,6%), comprensión (84,1% y 61,3%) y en apoyo (91% y 65,8%) (INJ, op. cit.).

En términos generales, la satisfacción con ambos padres es mayor en las cohortes de menor edad y en los estratos de más altos ingresos. El menor grado de satisfacción se intensifica a medida que desciende el nivel socioeconómico de los jóvenes. Son los varones quienes se sienten más insatisfechos con la expresión física y verbal de afecto y cariño en la relación con el padre. Se observa la presencia de los roles tradicionales operando activamente en las percepciones y satisfacciones de los jóvenes, la madre más cercana, en tanto el padre aparece más distante física y afectivamente (Reinoso, 1994; INJ, 1994).

El desacuerdo con los padres se hace mayor cuando se trata de las opiniones sobre sexualidad. Es así, que a medida que se incrementa la edad aumentó el desacuerdo, desde un 24,6 en los menores (de 15 a 19 años), un 27,9% en los intermedios (de 20 a

24 años) hasta el 40,1% entre los mayores (25 y 29 años) (INJ, op. cit.).

Las malas relaciones entre padres e hijos fueron señaladas como problema por un 14% de los entrevistados y tiene mayor preeminencia en los sectores populares que en altos (INJ, op. cit.).

El maltrato físico también fue mencionado por los jóvenes en el ámbito de la familia. Su presencia está fuertemente asociada al nivel socio económico de los jóvenes; así lo indicó el 1% de los jóvenes en el sector alto, el 2,2% en el medio y el 9,4% en el bajo (INJ, op. cit.).

Los jóvenes reconocen otros problemas en sus familias, además de los recién mencionados. Entre ellos están, en orden decreciente, la falta de tiempo para compartir, los problemas económicos, la falta de comunicación en el hogar y de espacio físico.

Los problemas económicos se reportan de manera creciente según disminuya el nivel socio económico de los jóvenes. El grupo socio económico bajo manifestó con mayor fuerza esta problemática social que afecta a sus familias, sextuplicando al grupo de nivel alto. Asimismo, con el transito de la edad este problema se torna más grave, los jóvenes de 25 a 29 le dan un mayor peso que los adolescentes (Reinoso, op. cit.).

c. Familias populares y redes sociales

Paradojalmente, pese a la vitalidad de la familia popular, como núcleo significativo y de apoyo para los jóvenes, ésta no tiene la capacidad suficiente para superar la situación de exclusión en que se encuentran. Los pobres encuentran apoyo en sus familias, pero sus redes sociales no revelan que cuenten con contactos que sean eficientes para mejorar sus condiciones de vidas. La familia es una fuente de vital de socialización, compañía y solidaridad, pero no es un mecanismo adecuado de movilidad social en los sectores populares (CNSP, op. cit.).

Según un estudio hecho para el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza CNSP, en 1996, el tamaño y composición de las redes sociales muestra la marginación social en que encuentran los grupos pobres. Por contraste con los sectores medios, los pobres pueden movilizar menos apoyo social y sus

redes alcanzan solo un círculo de relaciones cercanas, generalmente familiares (CNSP, op. cit.).

d. Roles en la familia y género

La identidad con roles genéricos para hombres y mujeres en los jóvenes está presente en la mirada de los 90'. Queda en evidencia en los resultados de la ENJ. Se observa la internalización de los roles de género en la familia, pero su aceptación es relativizada, según sea el sexo, edad y sector socio económico. El rol del hombre como proveedor de la familia está más internalizado entre los hombres, los de sectores populares y los mayores, (25 a 29 años). Respecto a la distribución de los roles de los hombres y las mujeres en la familia, el 40,3% indicó que el rol proveedor económico de la familia es una responsabilidad del hombre. Sin embargo, mientras uno de cada dos hombres está de acuerdo con esta afirmación (47,3%), sólo lo hace una de cada tres mujeres (33,1%). Asimismo este porcentaje incrementa su peso relativo a medida que aumenta la edad. También crece a medida que desciende el nivel socio económico. En los estratos altos sólo uno de cada cuatro jóvenes (28,3%) mantiene la afirmación en comparación con el 54,5% de los sectores bajos (INJ, op. cit.).

En cuanto a la crianza de los hijos se observa una tendencia semejante. Pese a que el conjunto estaba mayoritariamente en desacuerdo con que esta es una función de la mujer (71,5%), hubo una mayor proporción de varones y de jóvenes de sectores populares que estuvo de acuerdo que esta es una función de las mujeres. El desacuerdo fue mayor en las mujeres que los hombres (75% versus 68,1% respectivamente) y en los estratos altos que en los bajos (83,5% 58,9% respectivamente) (INJ, op. cit.).

Ambas afirmaciones, relativas a roles de proveedor y crianza de los hijos, indican que los roles atribuidos tradicionalmente al hombre (proveedor) y a la mujer (crianza de los hijos) tienen mayor vigencia entre hombres, jóvenes mayores y de sectores populares y serían rechazados en una mayor proporción por mujeres, jóvenes menores y del sector socio económico alto.

Si bien se constatan actitudes hacia la vida de pareja y el matrimonio con una mayor flexibilidad y democratización de los roles genéricos, aún persisten formas de ser varón y ser mujer

cercanos a la cultura tradicional y al modelo patriarcal, especialmente en los varones de zonas rurales y en grupos socioeconómicos bajo.

e. Pareja y convivencia

La mayoría de los jóvenes permanece soltero hasta los 24 años, pero hay un sector significativo que cambia de etapa en su ciclo de vida antes de esta edad, sea mediante la constitución de un hogar o formación de un núcleo familiar en otro hogar. La constitución de pareja -mediante el matrimonio o convivencia- presupone por sí misma la asunción de roles sociales adultos y el fin de la "juventud" como etapa de su vida. Esto es especialmente cierto en los sectores populares, dada la forma en que se produce en muchos casos la unión -embarazo no deseado y/o precoz-. Para muchos de estos jóvenes el inicio de su vida en pareja supone una irrupción en sus vidas, y por supuesto, no asumen automáticamente los nuevos roles asignados socialmente, por que subjetivamente no están preparados para ello y las condiciones materiales son muchas veces inadecuadas.

Es conveniente tener presente que los jóvenes de sectores populares pololean menos y muestra más altas tasas de nupcialidad que los de sectores medios y altos (INJ, op. cit.), es decir cambian a menor edad de etapa en el ciclo de vida y por lo tanto devienen antes en adultos jóvenes.

La edad de los jóvenes está asociada inversamente a la intensidad de su relación con los pares o a la vida en pareja. Es así, que en términos de tránsito generacional es importante señalar que el estudio, el deporte, la vida social, los amigos y las actividades de ayuda social disminuyen significativamente en orden de importancia a medida que aumenta la edad. Paralelamente crece la valoración de la pareja y los hijos. Esta variación en direcciones opuestas da cuenta de adolescentes más expansivos, más públicos, activos y deportistas; especialmente los hombres, con un perfil de estudiante secundario. En tanto que los adultos jóvenes están más centrados en el trabajo, la familia, la vida en la pareja y los hijos (INJ, op. cit.).

En los últimos años se ha incrementado la proporción de jóvenes que vive en pareja, con relación a los solteros. Si se agru-

pa la población de jóvenes en solteros y no solteros (unidos) se constata que el de los solteros es el único sector que experimenta un descenso entre los años 1982 y 1992, del 25,5% al 23,7% respectivamente. En cambio la otra categoría adquiere un peso mayor, especialmente la de los varones unidos del área urbana que se incrementa de un 30,6% el año 1982 a 34,0% en 1992 (Jünemann y Pérez, 1995).

La proporción de jóvenes de sectores populares que vive en pareja es bastante superior a la de los otros sectores. Según la ENJ, a nivel de grupos socioeconómicos, los jóvenes de sectores populares casados más que duplican a los de nivel alto (25,8% frente al 11,1%). Esta diferencia se hace extraordinariamente importante en la condición de convivientes que presente el 10% de los jóvenes más pobres contra menos 3,5% de los estratos medios y 0,3% de los altos (Valdés y Díaz, op cit; INJ op. cit).

Respecto de la edad en que se comienza a vivir en pareja existe una notoria diferencia por género; mientras la mayoría de los hombres que actualmente vive en pareja, comienza a hacerlo a partir de los 20 años (sólo el 18% lo hace antes de esa edad), las mujeres en un 44,1% están viviendo en relación de pareja antes de los 20 años, siendo los 18 años la edad más frecuente (14,4%) mientras en los hombres son los 22 años (17,9%) (Valdés y Díaz, op. cit; INJ op. cit).

Una proporción importante de familias, o núcleos familiares, nace de embarazos adolescentes, con o sin presencia del padre, con las consecuencias que ello produce en la vida de todos los involucrados, especialmente de la joven y su hijo/a. La escasa estabilidad y la sexualidad ejercida sin protección adecuada por muchas parejas jóvenes tiene como resultado un alto porcentaje de hijos ilegítimos entre las adolescentes, que señala también la responsabilidad que deben asumir ellas a solas. Los progenitores de esos hijos son varones jóvenes, en una gran proporción. Los estudios hechos hasta el momento nada dicen de cómo procesan estos varones su identidad masculina y su paternidad.

Cuando los jóvenes han logrado constituir un grupo familiar tienen que hacer frente a las dificultades socioeconómicas en que viven muchos de ellos. Una proporción importante sólo logra constituir un núcleo al interior de otro hogar, especialmente en los sectores más pobres.

Con relación a los padres de los nacidos vivos de madres menores de 20 años, éstos se concentran entre los 15 y los 29 años de edad (86,4% del total). Los padres de los nacidos vivos ilegítimos, de madres menores de 20 años, en un 94,9% tenían entre 15 y 29 años de edad. Es necesario recordar que en 1993 el 25% de los hijos ilegítimos tenía una madre menor de 20 años de edad, comparada con sólo el 7,1 de los hijos legítimos (Valdés, Olavarría, Pérez de Arce, 1996)

Acerca del tipo de convivencia, según la ENJ, una gran proporción de los jóvenes (78,3%) concordó con la afirmación de que el matrimonio es un compromiso para toda la vida. Pero también una alta proporción de ellos (87,4%) estuvo de acuerdo de que cuando el amor se termina cada miembro de la pareja tiene el derecho de rehacer su vida. Esta opinión es convergente con el 72,7% que apoyó la pertinencia de una ley de divorcio.⁶ Sobre la fidelidad, algo más de la mitad (52,4%) coincidió con que la fidelidad matrimonial es un compromiso difícil de respetar, afirmación que presentó un porcentaje superior en hombres y en grupos de nivel bajo.

La evaluación de los/as jóvenes de su vida en pareja fue positiva, viviesen o no con su pareja. Los jóvenes que estaban viviendo en pareja evaluaron positivamente la calidad de ésta en áreas como comunicación, vida sexual, compartir metas e intereses, la toma de decisiones y la demostración de afecto. Al desagregar la información por nivel socio económico, hubo una leve mayor conformidad con la relación de pareja en los estratos altos que en los bajos, salvo en la vida sexual donde los jóvenes de estratos altos mostraron menor conformidad.

En cambio, la resolución de los conflictos tuvo una valoración más baja. Es así, que el ámbito que tuvo una menor evaluación relativa fue la forma de resolver los conflictos de pareja. Un 10,2% de los/as jóvenes señaló la presencia de violencia física (golpes, cachetadas), la proporción aumentó al 13% entre los que vivían en pareja, en cambio disminuyó al 7,8% en los que pololeaban. Esta situación fue más denunciada por los hombres jóvenes, que casi

⁶ El conjunto de información de este punto proviene de la Primera Encuesta Nacional de la Juventud.

duplicó a lo reportado por las mujeres (17,3% y 7,6% respectivamente).

La violencia física está directamente asociada al sector social. Se constató una relación inversamente proporcional entre violencia y nivel socio económico; la violencia física fue informada por sólo el 1,1% de los/as jóvenes de ingresos altos, por un 7,4% de ingresos medios y un 15,8% de ingresos bajos.

Asimismo, casi un cuarto de los/as jóvenes (24,6%) denunció la presencia de violencia psicológica en la relación de pareja (maltrato verbal, humillación, entre otros). Además, a medida que aumenta el grado de intimidad en la pareja (matrimonio o convivencia propiamente tal), se aprecia una mayor prevalencia de la violencia psicológica. Al igual que en la violencia física, esta proporción es mayor en los sectores populares; uno de cada tres jóvenes de estrato bajo con pareja, indicó violencia psicológica en su relación, mientras que uno de cada seis del nivel alto lo mencionó.

Finalmente, las mujeres reconocen que en situaciones de violencia de pareja ellas tienden a agredir, en una mayor proporción que la reconocida por los varones. (26% y 14,9% respectivamente).

f. Moratoria social de los jóvenes

Especial importancia adquiere lo que se ha denominado moratoria social, situación recurrente en la caracterización del período juvenil; ésta ha sido definida como el momento de tránsito o de espera de los jóvenes en la adquisición de los roles adultos asignados por la sociedad; el paso desde la infancia a la adultez, y con ello, el status adulto y su respectiva independencia y autonomía.

Los espacios privilegiados para la adquisición de los roles adultos, por los jóvenes populares, se ha estimado que están en torno al hogar, el colegio, la calle y el trabajo. Pero estos ámbitos pareciera que no están funcionando adecuadamente; es así, que la culminación del ciclo de educación formal y la inserción laboral no necesariamente se asocian con autonomía e independencia, respecto del hogar de origen, para el joven y la conformación de la familia propia. Por el contrario, daría la impresión que los

propios jóvenes alargan hasta las últimas posibilidades este paso (Dávila, 1995).

En este proceso se producirían profundos quiebres o desfases en los jóvenes, que se expresan en distintos ámbitos de su vida. Como el que se genera cuando comparan las aspiraciones y expectativas por el nivel educacional alcanzado y la inserción laboral posible. O al constatar los jóvenes que al acceder a un puesto de trabajo sus remuneraciones no necesariamente son suficientes para independizarse de su hogar de origen. Tampoco se correlacionaría la paternidad o maternidad prematura con la posibilidad de conformar una familia autónoma; las familias de origen se transforman, especialmente en el caso de la joven, en el refugio, dando origen al allegamiento y/o constitución de familia extendida (Dávila, op. cit.).

7. Salud

En el Informe para la Comisión Nacional de la Familia de 1993 se señala que los antecedentes relativos a la salud de los jóvenes son extremadamente pobres. Los jóvenes no son considerados en el sistema de salud pública y difícilmente acceden al sistema de salud privada, ya que no cuentan con recursos para ello. Así, la mayor parte de los problemas de salud se presentan por las dificultades de acceso a la atención necesaria. Los adolescentes son el grupo más afectado por esta situación (Valdés y Díaz, op. cit.).

Entre las situaciones que dicen relación con la salud de los jóvenes, y de las cuales hay más evidencia de su importancia en los distintos estudios existentes, están la sexualidad y la salud reproductiva, el consumo de alcohol y drogas, los accidentes y situaciones violentas y los suicidios. Sobre estos últimos dos aspectos hay muy poca información y estudios.

Especial mención merece el acceso a información y formación en temas de salud reproductiva, que es muy deficitaria y constituye una limitación a los derechos reproductivos de los jóvenes. En lo fundamental, esta situación no ha variado en los últimos años, salvo las acciones iniciadas a través de las JOCAS por la Comisión Interministerial integrado por el Programa de la Mujer del

Ministerio de Educación, el SERNAM, el Ministerio de Salud y el INJ.

a. Sexualidad y salud reproductiva

La información existente acerca de la sexualidad de los jóvenes en general y de los que están en situación de pobreza e indigencia es definitivamente parcial, por que en Chile no se dispone de estudios nacionales sobre la sexualidad de los jóvenes. (Valdés, Olavarría y Pérez de Arce, op. cit.; Valdés, Weinstein y Lecourt, 1997; Rossetti, 1997). No existe, como en otros países, una Encuesta Nacional de Fecundidad, que entregue información representativa de toda la población sobre comportamientos y actitudes relativas a la sexualidad. Los estudios realizados se han focalizado en Santiago, especialmente en sectores de clase media y clase media baja, y en algunas áreas rurales. Pese a ello se puede desprender que es posible afirmar que existen importantes cambios en la forma de vivir e interpretar la sexualidad.

La Encuesta Nacional de Juventud del año 1993 consulta, entre otros aspectos, sobre la sexualidad y posibilita, como se mencionó antes, tener información extrapolable a un universo mayor de jóvenes.

Dos tercios de los jóvenes entre 15 y 29 años han tenido relaciones sexuales, según la ENJ; entre las mujeres este porcentaje baja al 58,8% y entre los varones se incrementa al 73,6%. Más de la mitad de los/as jóvenes (57,7) que ha tenido relaciones sexuales, señaló que su primera experiencia sexual fue antes de los 17 años.

Como es de esperar, entre los/as jóvenes que han tenido relaciones sexuales, la vida sexual activa se incrementa a medida que aumenta la edad; de un tercio que había tenido relaciones sexuales entre los menores de 20 años; a algo más de dos tercios (73,7%) entre los que tenían de 20 a 24 años y hasta casi la totalidad (92,7%) de los mayores de 24 años.⁷

⁷ El conjunto de información de este punto proviene de la Primera Encuesta Nacional de la Juventud.

Para los varones esta tendencia se acentúa. El 43,6% de los hombres menores de 20 años había tenido relaciones, este valor aumentó a 84,4%, en los de 20 a 24, y a 94,7% entre los mayores (25 a 29 años).

Casi tres cuartas partes de los/as jóvenes que había iniciado su vida sexual mencionaron que mantuvieron a lo menos una relación al mes en los seis meses previos a la aplicación de la ENJ, porcentaje que fue del 58,8% en los adolescentes. Estos valores son mayores al analizar la actividad sexual de los varones, en ellos la frecuencia se incrementó a medida que aumentaba la edad; habían tenido relaciones a lo menos una vez al mes el 60,3% del tramo menor (15 y 19 años), el 72,5% del intermedio (20 a 24 años) y el 85% del tramo mayor, entre 25 y 29 años.

Al evaluar su vida sexual, más del 75% de los varones de 20 a 29 años que tenía pareja la calificó de buena o superior (bueno, muy bueno, excelente).

Acerca del uso de métodos anticonceptivos por los jóvenes, diversos estudios señalan que se presentan dos situaciones; una está referida al uso de anticonceptivos en la primera relación sexual y la otra a su uso habitual. En general, queda de manifiesto que la falta de acceso a información, anticonceptivos, programas de apoyo, es más dramático en el primer caso.

Los resultados de la ENJ indican que una alta proporción de jóvenes usó algún método anticonceptivo en su última relación sexual. Cuatro de cada cinco jóvenes señaló que había utilizado algún método anticonceptivo en su última relación sexual, sólo el 20,7% no lo hizo. Este porcentaje fue mayor en los varones de 15 a 24 años cualquiera fuese su nivel socio económico. Los métodos más usados fueron el DIU (21%), las píldoras (20%) y los condones (15%). Métodos naturales fueron empleados por el 7% de las parejas. Del grupo que utilizó preservativos en su última relación sexual, los jóvenes del sector alto casi cuadruplican a los de sectores populares (40,8% y 10,9% respectivamente).

Es conveniente tener presente que métodos como el DIU y las píldoras son de uso femenino, en cambio el condón es principalmente de varones. Si se analiza la proporción de varones de sectores populares que afirma usar directamente métodos anticonceptivos se llega a que una proporción muy baja, y en consecuencia muy alta la de aquellos que no los usa, dándole esta responsabilidad a la mujer.

Hoy día la responsabilidad de un embarazo está centrada fundamentalmente en la mujer; es ella la que a través del uso de anticonceptivos puede de alguna manera regularlo. El varón, salvo un pequeño porcentaje, no lo asume como un comportamiento que lo obligue. Si la joven no está consciente de la necesidad de usar ella algún anticonceptivo, al tener relaciones sexuales, hay una gran posibilidad de que quede embarazada. Pero para tomar una decisión informada ella debe tener conocimiento, tanto del comportamiento de su cuerpo como de las distintas formas en que puede prevenir el embarazo y si opta por algún método anticonceptivo poder acceder a él. Desgraciadamente, cuando hay algún programa en salud de sexualidad y salud reproductiva en algún hospital o servicio de salud, éstos tienden a atender a adolescentes embarazadas.

De allí que no sea raro entonces, que actualmente sean problemas de primera importancia el embarazo adolescente y el incremento relativo de los nacimientos entre adolescentes. A pesar de que la tasa específica de fecundidad de este grupo ha tenido un progresivo descenso, se ha incrementado el peso relativo de los nacimientos de madres menores de 20 años y ha llevado a los especialistas a considerar el embarazo en la adolescencia como un problema social (Valdés, Olavarría y Pérez de Arce; Valdés, Weinstein y Lecourt, op. cit.).

Es importante tener presente, como se mencionó antes, que los padres de los nacidos vivos de madres adolescentes (menores de 20 años) se concentran entre los 15 y los 29 años. Por tanto, son también varones adolescentes y adultos jóvenes una proporción importante de las parejas de estas madres adolescentes.

Una de las consecuencias más lamentables del embarazo no deseado en los jóvenes es el aborto. El aborto, la interrupción voluntaria del embarazo, es ilegal en Chile. En términos de información, sólo existe el registro de aquellos que terminan con hospitalización o muerte de la mujer que se lo ha practicado. Según criterios del Alan Guttmacher Institute se estima en un total de 160.000 abortos anuales en Chile -uno de cada tres embarazos termina en aborto-, los que se producen en mayor medida entre las jóvenes de 15 a 29 años. En 1988 representaban el 61% de las hospitalizaciones por abortos (espontáneos o provocados) (Valdés, Weinstein y Lecourt, op. cit.).

La mitad de los/as jóvenes opinó que el aborto no debe permitirse bajo ninguna circunstancia, para algo menos de la otra mitad se debe permitir pero en casos especiales. El 5% restante señaló que se le debe permitir a toda mujer que lo desee. Los que opinaron que no se debe permitir bajo ninguna circunstancia eran, proporcionalmente, más numerosos entre los adolescentes (55,2) y los sectores bajos (61,8%). Para los que creían que es posible el aborto en determinados casos, éste lo sería cuando la vida de la madre corra peligro (91,2%), en el caso de que el embarazo fuese fruto de una violación (71,15), si existiese una malformación grave de la criatura por nacer (60,3%), cuando la madre tenga SIDA (63,8%), y el 20% por condiciones de pobreza extrema (INJ, op. cit.).

En consecuencia el aborto, masivamente no deseado y sólo aceptado en casos muy especiales, es una situación que afecta a las mujeres jóvenes en particular, indicando la precaria situación de los derechos reproductivos de las jóvenes, en cuanto al acceso a formas preventivas de control de su fecundidad (Valdés y Díaz; Valdés, Weinstein y Lecourt, op. cit.). Es llamativa la inexistencia de información estadística posterior al año 1992 respecto de abortos, pese a la magnitud del problema.

Otra de las consecuencias de los embarazos no deseados es la cantidad de hijos nacidos fuera del matrimonio (hijos ilegítimos). También es posible apreciar una mayor mortalidad de los hijos ilegítimos nacidos de madres adolescentes, situación que se repite con el estado nutricional de esos niños medido en peso al nacer (Valdés y Díaz, op. cit.; Valdés y Faúndez, 1995).

No hay que olvidar que si bien son las mujeres las que se embarazan y en ocasiones abortan, hay varones que han sido y/o son su pareja en la relación sexual que dio origen a esa situación. Hasta ahora se sabe muy poco de estos hombres.

Tanto el aborto como el embarazo y fecundidad adolescente son situaciones complejas, donde influyen diversos factores de índole personal, cultural y social. Sin embargo el más grave, como se señaló, es la limitación que se hace al ejercicio de los derechos reproductivos por los jóvenes, en el sentido de restringirles el acceso a información y métodos de control de fecundidad y, por tanto, a decidir sobre la concepción de hijos deseados. Muchas veces los jóvenes y especialmente las jóvenes se ven enfrentados a un cambio en su etapa del ciclo de vida para el que no están

preparados; adolescentes que se transforman en adultos/as en pocas semanas.

La preocupación sobre el SIDA está, asimismo, presente en los jóvenes. La ENJ preguntó sobre alternativas para prevenirlo. La afirmación más frecuente fue la de mantener relaciones con una sola pareja. A medida que aumenta la edad fue mayor la proporción de jóvenes que lo señaló; así lo mencionó el 53% de los menores (15 a 19 años), el 60,6% de los intermedios (20 a 24 años) y el 63,0% de los mayores (25 a 29 años). Las otras respuestas más frecuentes para prevenir el SIDA fueron las de: evitar el contacto sexual con prostitutas, (aproximadamente el 15%); usar condón en las relaciones fuera de la pareja (en torno al 10%); reducir el número de parejas sexuales (8,1 y 6,1% para los de 20-24 y 25-29 años respectivamente). (INJ, op. cit.).

b. Consumo de alcohol y drogas

El consumo de alcohol y droga, especialmente la marihuana y en algunos casos la pasta base, está presente en la vida de los/as jóvenes y está asociado al sector social al que ellos pertenecen. De acuerdo a la ENJ, casi un cuarto de los/as jóvenes ha probado algún tipo de droga en algún momento de su vida. Este porcentaje se elevó a más de un tercio (35,2%) en los varones y bajó al 13% en las mujeres. En los adolescentes este valor fue del 18% y en los mayores de 19 años subió al 27%. Su momento de iniciación fue principalmente en la adolescencia. Esta proporción fue mayor en los jóvenes del grupo socioeconómico alto.

De los jóvenes que habían probado drogas, el 85,8% de los varones señaló que su primer acercamiento a las sustancias psicotrópicas fue antes de los 18 años, en plena adolescencia, fundamentalmente con marihuana, mientras que en las mujeres bajó al 75% (INJ, op. cit.).

La presencia de alcohol y drogas está relacionada con el sector social de los jóvenes. En los jóvenes de sectores populares esta situación se triplica con relación a los altos. En los sectores altos se presentó en un 3,2%, en los medios se duplicó (6,2%) y en los bajos subió al 10,6%.

Las razones más importantes que los jóvenes señalan para el consumo de drogas son los problemas familiares, los ambientes

o grupos que se frecuentan, la imitación a los amigos, la búsqueda de emociones fuertes y el reducido espacio físico disponible.

La falta de espacio físico, con relación al alcohol y las drogas, afecta fuertemente a los sectores populares y su mención casi triplicó a los del sector alto. Esto fue mencionado por el 13,4% del grupo socioeconómico alto, se duplicó en el medio (24,6%) y triplicó en el bajo (36%) (INJ; op. cit.).

c. Participación social y opinión sobre lo público

En los últimos años se ha encontrado niveles de asociatividad en sectores populares superiores al 40%, especialmente en las organizaciones de tipo cultural. Esta vitalidad de las asociaciones en los lugares estudiados revelaría la extensión de los lazos de sociabilidad más allá de la familia inmediata (CNSP, op. cit.).

Esta misma situación se refleja en una proporción considerable de los/as jóvenes que participa en grupos organizados. Así lo manifestó más de la mitad de los/as jóvenes entrevistados, en la ENJ, que señaló participar en clubes deportivos, grupos culturales, de iglesia, juveniles, scouts, de diversas expresiones artísticas, juntas de vecinos y organizaciones barriales. Una situación semejante se ha observado en otros estudios, en diversas localidades del país (Olavarría y Molina, 1987).

Varios estudios han profundizado acerca de la organización de los/as jóvenes, su calidad de actores sociales, su participación ciudadana, la representación que tienen de distintos ámbitos públicos y su opinión sobre ellos. Todos estos estudios reconocen, de diversas maneras, la presencia de opiniones críticas hacia las principales instituciones del país.

La ENJ señala que la mayoría de los/as jóvenes desconfía parcial o totalmente de las instituciones y actores sociales tradicionales. Casi un tercio desconfía absolutamente de la Iglesia, Gobierno, alcalde de su comuna, senadores y diputados, partidos políticos, carabineros, Investigaciones, FF.AA., empresarios, sindicatos, televisión, radio y diarios. El nivel de desconfianza tiene una relación directa con el grupo socio económico de pertenencia: a mayor exclusión del/a joven, mayor desconfianza. Siendo, por tanto, los/as jóvenes populares los/as que más lo expresan y

señalan un grado mayor de escepticismo ante estas instituciones (INJ, op. cit.).

Un estudio, sobre representaciones que los jóvenes tienen de su municipio (La Granja, San Ramón y El Bosque), reconoce diversas versiones que recogen la valoración que hacen de la municipalidad. Sólo una de estas versiones visualiza a la municipalidad como un ente colaborador y es formulada por los jóvenes caracterizados como emprendedores; las seis restantes la representan como inoperante, mafia municipal, benefactora, con pecado original, irrelevante y feudal (Martínez y Rodríguez, 1993).

Difícilmente se podría suponer que los/as jóvenes tengan opiniones distintas a las antes indicadas. Si se hace un pequeño balance de lo observado en los ámbitos de la vivienda y su hábitat, de los espacios de convivencia, redes sociales que le permitan un desarrollo personal y autonomía; de la salud, en particular de la sexualidad y la salud reproductiva, del alcoholismo y la drogadicción; de los accidentes y situaciones violentas, entre las que obviamente está la delincuencia juvenil; de los niveles de escolaridad alcanzado y de la calidad de esa educación; de la posibilidad de incorporarse al mundo del trabajo y permanecer en él, es muy difícil que los jóvenes y especialmente los de sectores populares tengan opiniones favorables de las instituciones nacionales y sus autoridades.

III Reflexiones finales

Los varones adultos jóvenes de sectores populares, de acuerdo a los estudios analizados, forman parte de las personas más carenciadas dentro del contexto social urbano chileno. En todos los ámbitos estudiados se constatan diferencias originadas por su situación de indigencia y pobreza, con relación al resto de los jóvenes. Su precaria calidad de la vida, sin lugar a dudas, debe estar afectando su intimidad y su vida cotidiana.

Estos jóvenes, padres de familia y jefes de hogar en muchos casos, de alguna manera hacen frente a la pobreza y reafirman sus identidades de varones capaces de establecer relaciones de pareja, convivir con sus mujeres, así como de formar una familia y mantenerla responsablemente.

Pero cómo enfrentan esta situación, a primera vista tan contradictoria, entre sus condiciones de vida, la búsqueda de autonomía, la vida de pareja y la paternidad. Cuáles son los mandatos sociales que están presentes en la forma de ser hombre, cuáles son sus vivencias, sentires subjetivos y prácticas.

De los aspectos destacados, en los estudios analizados, emerge un conjunto de preguntas en torno a los jóvenes adultos de sectores populares. Entre ellas mencionamos algunas que nos parecen de gran relevancia, y que dicen relación con los temas profundizados.

- Las calles donde viven los jóvenes, las esquinas de la población, las canchas de fútbol, alguna plaza -cuando la hay- son mencionados en los estudios como importantes lugares de encuentro de los jóvenes en su vida cotidiana. ¿Qué significa efectivamente la calle para los varones?. ¿Qué aprendizajes hacen allí? ¿Tiene que ver la calle con sus formas de ser varones, de buscar autonomía, de establecer relaciones de pareja?
- Un porcentaje importante de los jóvenes afirma rechazar los mandatos sociales que dicen que el hombre es de la calle y la mujer de la casa. ¿Son efectivamente rechazados por los varones de sectores populares dichos mandatos? ¿Cómo viven su masculinidad, su relación de pareja y paternidad?
- Los estudios señalan que los jóvenes sienten que es importante la relación con sus padres, aunque existe más cercanía con la madre que el padre. Pero hay al menos dos ámbitos en que expresan diferencias con los padres: la sexualidad y la crianza de los hijos. Por qué se producen estos desacuerdos. ¿Cómo los explican y sienten los propios jóvenes? ¿Por qué ellos quieren ejercer vivenciar otra forma de ser padre/varón con sus hijos?
- Según algunos de los estudios, los padres populares no tienen exigencias de proyecto de futuro, sólo aspiran a que los hijos los superen y salgan de la pobreza. ¿Han cambiado esas exigencias y expectativa en los varones adultos actuales? De ser así, ¿Cómo ha afectado esta falta de proyectos en su vida adulta?
- Los jóvenes más carenciados no logran terminar, en promedio, la enseñanza básica. Tienen un nivel educacional menor

- que los jóvenes de mayores ingresos. El interrogante que se plantea es cómo afecta esta situación a los procesos identitarios de estos varones.
- Los conocimientos y capacidades logradas por estos jóvenes de alguna manera están asociados al nivel escolar alcanzado. ¿Les afecta en su vida de varones adultos el hecho de tener casi un nivel de educación menos?
 - El nivel educacional y la capacitación ocupacional de estos hombres jóvenes se traduce en puestos de trabajo inestables con remuneraciones bajas. ¿Cómo logran cumplir con el mandato de que los varones deben ser los proveedores del hogar? ¿Qué sienten ellos, como hombres, al tener que trabajar en condiciones precarias, sin estabilidad laboral, con remuneraciones que son inferiores a sus necesidades mínimas y asegurar que su hogar, del cual son sus jefes, tenga los medios para sobrevivir?
 - Los jóvenes populares comienzan a convivir con su pareja a más temprana edad que el resto de los jóvenes. El período de pololeo es menor que en los jóvenes de sectores sociales más altos. Su fecundidad es más alta, el uso de anticonceptivos es más bajo y son pocos los varones de sectores bajos que usan ellos preservativos. De los estudios se desprende que la pobreza estaría asociada a esos problemas, pero ¿sólo la pobreza tiene que ver con ello, o también hay una cuestión de género que tiene que ver con ser varón, en el ámbito de los afectos y la sexualidad?
 - Pese a la precariedad de los trabajos y a los bajos ingresos, estos jóvenes constituyen su núcleo familiar, muchos viven como allegados en hogares de algunos de los padres, parientes o amigos. ¿Qué los lleva a iniciar la convivencia con una mujer, tener hijo/a/s y formar una familia en estas condiciones? ¿Qué significa para ellos mantener la relación de dependencia con sus familias de origen? ¿Les afecta en algo su estima y condición de jefes de hogar, que se supone deben tener los varones?
 - En el campo de los afectos, los jóvenes visualizan el matrimonio como una relación para toda la vida, pero a la vez indican que si el amor se acaba los miembros de la pareja tienen derecho a rehacer sus vidas, y en ese sentido estiman

mayoritariamente necesaria una ley del divorcio. ¿Qué significa para los jóvenes varones el matrimonio?

Bibliografía

- Agurto, Canales y de la Maza (eds.) **Juventud chilena: razones y subversiones**, ECO, FOLICO, SEPADE. Santiago de Chile, 1985.
- Agurto, I. y G. De la Maza *Ser joven poblador en Chile hoy*. Pp 57 - 71. En: Agurto, Canales y de la Maza (eds.) **Juventud chilena: razones y subversiones**, ECO, FOLICO, SEPADE. Santiago de Chile, 1985.
- Agurto, Irene **La juventud popular: elementos para comprenderla**. Documento de Trabajo N° 16, Serie Educación y Solidaridad, ECO, Santiago, 1984.
- Asún, D. *La juventud marginal y la salud mental*. En: Franco, R. y otros **La juventud marginal y su papel en el proceso de cambio social**. Vicaría Sur, Santiago, 1980.
- Asún, R. *Juventud y familia en la década de los 90*. En: ISPAJ. **Los jóvenes estudiantes de Santiago y su visión de mundo**, Santiago, 1993.
- Bartsch, U. y P. Tudela (eds.) **Políticas para la juventud chilena en los 90: paradigmas sociales, identidad y participación**. Konrad-Adenauer-Stiftung, CPU, Fundación Eduardo Frei, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. Santiago de Chile, 1995.
- Campero G. **Entre la sobrevivencia y la acción política: las organizaciones de los pobladores**, 1987.
- CEPAL **La juventud en América Latina y el Caribe**. Naciones Unidas, 1985.
- CERC **Jóvenes chilenos, estudios y encuestas**, Santiago de Chile, 1992.
- CERC, ICHEH. **La familia en Chile: aspiraciones, realidades y desafíos**. CERC, ICHEH, Santiago de Chile, 1992.
- Connelly, Thomas John. **Popular culture and the young working class family**, Santiago de Chile, 1986. Austin, University of Texas at Austin, 1987.
- Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza **Encuesta sobre oportunidades y disponibilidades de los pobres. Resultados preliminares**. CNSP, Santiago de Chile, 1996.
- Corporación Libertas. **Igualdad de oportunidades para la juventud**. Corporación Libertas, Santiago de Chile, 1990.

- Cortés, Flavio. *Juventud, organizaciones sociales y contexto comunal*. En: Charlin, M. y S. Rojas **Organizaciones sociales y medio ambiente**. FLACSO, Santiago de Chile, 1994. pp. 29-32.
- Cortés, F. y D. Siessus **Situación, hábitos y opiniones de los jóvenes en Chile. Una aproximación estadística**. INJ, Santiago de Chile, 1992.
- Cottet, P. Pablo *La vida juvenil: encrucijada del tiempo social* pp. 299 - 307. En: Instituto Nacional de la Juventud (INJ), Varios autores. **Primer informe nacional de juventud**. INJ, Santiago de Chile, 1994.
- Cottet, P. y L. Galván **Los jóvenes: una conversación social por cambiar**. ECO, Santiago, 1993.
- Covarrubias, P., M. Muñoz., L. Poblete y C. Reyes. *Los jóvenes universitarios y la sexualidad*. En: **Estudios Sociales CPU, Santiago de Chile, No.66, 1990**, pp. 129-164.
- Dávila, Oscar. *Juventud popular: transitando por el trapecio ¿con red o sin ella?* En: **Ultima Década**, Santiago de Chile. N° 3, 1995, pp.43-60.
- FLACSO-Chile. **Los jóvenes en la comuna de Valparaíso: percepciones y opiniones 1992**. FLACSO, Santiago de Chile, 1992.
- FOLICO. **Juventud urbana y exclusión social**. Varios autores. Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1990.
- Fuentes, Claudio. **Los jóvenes y el servicio militar obligatorio: estudio de encuestas de opinión pública**. En: FLACSO-Chile, Fuerzas Armadas y Sociedad, Santiago de Chile, N° 2, 1993, pp. 27-36.
- Fuentes, C., M. Weinstein y otros **¿Todo pasando...? Catastro de iniciativas juveniles en sectores populares. Informe Narrativo**. INJ, FLACSO, 1996.
- Fundación Nueva América. **Visión de los jóvenes ante la política: una lectura desde las utopías de los jóvenes para comprender las antipatías ante la política**. Fundación Nueva América, Santiago de Chile, 1995.
- Garretón, Manuel Antonio. **Problemas y desafíos en la participación política de los jóvenes**. En: FLACSO-Chile, Serie Estudios Sociales, N° 17, Santiago de Chile, 1991.
- Generación compiladores **Los jóvenes en Chile hoy**. CIDE, CIEPLAN, INCH, PSI, PIRQUE, SUR, Santiago de Chile, 1990.
- González, Luis Eduardo. **Juventud en Chile: fichas analíticas y materiales de trabajo**. PIIE, Santiago de Chile, 1985.
- González, Sergio. *Jóvenes de los 90: su construcción de identidad y participación social*, pp. 243 - 253. En: Bartsch, U. y P. Tudela (eds.) **Políticas para la juventud chilena en los 90: paradigmas sociales, identidad y participación**. Konrad-Adenauer-Stiftung,

- CPU, Fundación Eduardo Frei, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. Santiago de Chile, 1995.
- Instituto Nacional de la Juventud (INJ). **Informe general con los resultados preliminares de la Primera Encuesta Nacional de Juventud**. INJ, Santiago de Chile, febrero de 1994, pp. 26 y cuadros anexos (a).
- Instituto Nacional de la Juventud (INJ) Varios autores. **Primer informe nacional de juventud**. INJ, Santiago de Chile, 1994, pp. 445 (b).
- Instituto Nacional de la Juventud (INJ). **Estudio exploratorio: Visión del mundo adulto con respecto a los jóvenes en la cultura urbana chilena**. INJ, Santiago de Chile, 1996, pp. 209 y anexos. (c)
- Insunza, J., R. Solari y E. Valenzuela. **Antecedentes para la comprensión de la juventud chilena actual**. Documento de trabajo, SUR, Santiago, 1981.
- Johnson, Holly. **La juventud popular en Chile y el movimiento social**. FLACSO-Chile, Santiago de Chile, 1985.
- Jünemann, L. y J. Pérez. *Consideraciones demográficas sobre los jóvenes en Chile*, pp. 209-222. En: Bartsch, U. y P. Tudela (eds.), **Políticas para la juventud chilena en los 90: paradigmas sociales, identidad y participación**. Konrad-Adenauer-Stiftung, CPU, Fundación Eduardo Frei, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. Santiago de Chile, 1995.
- Lira, E. y P. Morel. **Pautas de sexualidad y socialización en adolescentes: el grupo de pares**. Tesis para optar al título de sociólogo. Escuela de Sociología, Universidad de Chile, 1983.
- Martínez, J. y E. Valenzuela. *Juventud chilena y exclusión social* pp. 95-107. En: **Revista de la Cepal, Santiago de Chile. No 29**. 1986.
- Martínez Oyarce, José y Mauricio Rodríguez Vásquez. **Palabra joven. La representación social de las municipalidades en jóvenes pobladores urbanos**. Tesis para optar al título de sociólogo. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Sociología. Diciembre de 1993.
- MIDEPLAN, **Realidad económico-social de los hogares en Chile. Algunos indicadores relevantes. Encuesta CASEN 1992 y 1994**. MIDEPLAN-UNICEF. Santiago de Chile, 1996.
- MIDEPLAN, UNICEF **La impresión de las cifras: niños, mujeres, jóvenes y adultos mayores**. MIDEPLAN-UNICEF, Santiago de Chile, 1993.
- Municipalidad de Ñuñoa y FLACSO-Chile **Los jóvenes en la comuna de Ñuñoa: percepciones y opiniones**. Municipalidad de Ñuñoa y FLACSO-Chile, Santiago de Chile, 1991.
- Olavarria, J. Y R. Molina. **Contémonos y contemos**. Censo juvenil de Yungay, Portezuelo y Pemuco, provincia de Ñuble. INPRICED, Chillán, 1997.

- Opazo, Andrés **Escuchando a la juventud poblacional**. CED, Santiago de Chile, 1991.
- Oyarzún, A., P. Quintana y C. Silva **Roces del presente entre esquinas techadas**. CIDPA, Viña del Mar Chile, 1993.
- Parker, C. Y P. Salvat (comp.) **Formación cívico - política de la juventud. Desafío para la democracia**. Las producciones del Ornitarrinco, Santiago, 1992.
- PARTICIPA **Los jóvenes en la política**. PARTICIPA, Santiago de Chile, 1991, Serie Documentos de Estudios N° 4, pp. 106.
- Peretiatkowicz, J. A. **Participación, desarrollo y paz: un estudio sobre los jóvenes pobladores de Santiago**. Arzobispado de Santiago, Área de Estudios. Santiago, 1985.
- Peretiatkowicz, J. A. **Jóvenes pobladores de Santiago**. Vicaría de la Pastoral Juvenil, 1985.
- Reinoso, Alejandro *Jóvenes de los 90: datos de un mosaico en busca de un sujeto social* pp 25-68. En: Instituto Nacional de la Juventud (INJ) Varios autores. **Primer informe nacional de juventud**, INJ Santiago de Chile, 1994.
- Rossetti, J. **Sexualidad adolescente: un desafío para la sociedad chilena**. DIBAM, Santiago de Chile, 1997.
- Salas, Julio. *Las invitaciones socializadoras en el trayecto juvenil*. 279-289. En: Instituto Nacional de la Juventud (INJ) Varios autores. **Primer informe nacional de juventud**, INJ. Santiago de Chile, 1994.
- Sharim, D., U. Silva, A. Rodó y D. Rivera **Los discursos contradictorios de la sexualidad**. Ediciones SUR, Santiago de Chile, 1996.
- SUR. *Nuevos actores: mujer y juventud*. En: **Proposiciones**, Santiago de Chile, N° 24, 1994 pp. 271-326.
- Tijoux, M. E. *Jóvenes pobres en Chile: nadando en la modernidad y la exclusión*. pp. 27-42. En: **Última Década N°13** (Chile) 1995.
- Última Década **Jóvenes: ¿promoción y desarrollo?** CIDPA. Viña del Mar, Año 3, N° 13, mayo, 1995.
- Valdés, T. y M. Díaz **Situación social y económica de los jóvenes y su resonancia en la vida familiar**. Documento preparado para la Subcomisión Socioeconómica de la Comisión Nacional de la Familia, FLACSO, Santiago, 1993.
- Valdés, T y A. Faúndez **Diagnóstico de salud reproductiva en Chile**. Foro Abierto de Salud y Derechos Reproductivos. Santiago de Chile, 1995.
- Valdés, T., J. Olavarría y M. Pérez de Arce. **Antecedentes para el análisis de la situación de la adolescente embarazada en el sistema escolar**. Ministerio de Educación - Instituto de la Juventud - FLACSO, Santiago de Chile, 1996.

- Valdés, T., M. Weinstein y Y. Lecourt **Salud sexual y reproductiva de los adolescentes. Informe Nacional**. FLACSO, Santiago de Chile, 1997.
- Valenzuela, E. **La rebelión de los jóvenes**. Ediciones Sur, Santiago, 1984.
- Valenzuela, E. **Los jóvenes chilenos y la crisis de la modernización**. En: Colegio de México, Estudios Sociológicos, México N° 12, 1986, pp. 399-418.
- Vives, C. **Crisis en la familia popular y su visión de futuro**. Centro Bellarmino. Departamento de Investigaciones sociológicas. Santiago, 1983.
- Weinstein, J. *Juventud urbano - popular y familia*, pp 72 - 87. En: Agurto, Canales y de la Maza (eds.) **Juventud chilena: razones y subversiones**, ECO, FOLICO, SEPADE. Santiago de Chile, 1985.
- Weinstein, J. **La otra juventud: La juventud en sectores de extrema pobreza**, CIDE. Chile, 1985.
- Weinstein, J. **La juventud urbano poblacional vista desde la sociología**, CIDE. Chile, 1985.
- Weinstein, J. **Los jóvenes y el Estado una relación difícil**. Chile, 1990.
- Weinstein, J. **Los jóvenes pobladores en las protestas nacionales (1983 - 1984) Una visión sociopolítica**, CIDE. 1989.
- Weinstein, J. R. Aguirre y A. Téllez. *Los jóvenes dañados. Una revisión de las conductas problemas de la juventud popular*. En: **Generación Los jóvenes en Chile hoy**, CIDE, CIEPLAN, INCH, PSI, SUR (eds.). Chile, 1990.
- Weinstein, Marisa **La juventud en los textos: una biografía reciente** FLACSO-Columbia University. Santiago Chile, 1987.